

**Alejandro Rodríguez Robledillo (2015)**  
**DE GALLEGOS, TUCANES Y TRABAJADORES SOCIALES**  
**Galicia. Autoedición**  
**ISBN: 978-84-608-5343-5**  
**Págs. 251**

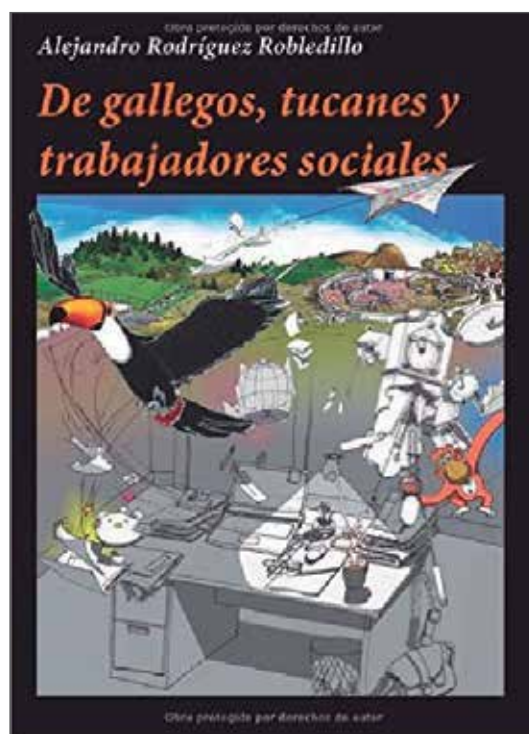
Existen numerosos ejemplos en la literatura de novelas que versan sobre las más diversas profesiones. Desde las más tradicionales: abogacía, medicina, policía a las más pintorescas: recolectores de perlas, perfumistas o crupieres.

Nadie en la actualidad se para a pensar qué son o qué es lo que aportan esas profesiones al conjunto de la sociedad. Sin embargo desde el trabajo social parece persistir esa necesidad de explicar a la ciudadanía su esencia y concepto.

Es cierto que hoy aún se equiparan los trabajos a la comunidad o las asistentes personales con el trabajo social y las trabajadoras sociales. También es cierta la tradicional imagen que se ha dado a los profesionales de robaniños por parte del cine y de la literatura por ello es importante la existencia de obras como ésta. De hecho, ya he escuchado muchas veces la necesidad de crear literatura y figuras del trabajo social que muestren su labor sin caer en las repetidísimas campañas de quiénes somos, a dónde vamos y de dónde venimos.

Decía Bukowski que “un intelectual es el que dice una cosa simple de un modo complicado. Un artista es el que dice una cosa complicada de forma simple”. Alejandro Rodríguez Robledillo es todo un artista (lo sentimos por los biólogos marinos) que nos muestra en esta novela de principio a fin qué es el trabajo social sin tener que explicarlo.

El libro narra de forma autobiográfica las aventuras y desventuras de un trabajador social en un



medio rural que poco a poco se extingue. Por los personajes que aparecen y por el tono del autor, podemos afirmar que el libro es una deliciosa oda al humor surrealista digna de los monty python, de Woody Allen o de Enrique Jardiel Poncela, si no fuera por el hecho de que lo narrado es, restando las licencias poéticas del autor, verídico.

Estas páginas son un claro ejemplo de cómo la realidad siempre supera la ficción. Aviso para puristas: en ocasiones los capítulos se desarrollan de una forma tan jocosa que puede dar una im-

presión de que no se toman en serio los temas más sensibles: problemas mentales, drogadicción, alcoholismo, malos tratos, amenazas. En este clima en que vivimos donde prima lo políticamente correcto coincido con Óscar Wilde en que: “la vida es demasiado importante como para hablar de ella en serio”.

Por el contrario, el relato desarrolla de forma sencilla los debates que tradicionalmente han suscitado polémica o inquietud en la profesión: el aburrimiento de sentirse meros tramitadores de prestaciones frente a la intervención directa. La naturaleza de la relación profesional y el difícil equilibrio entre empatizar con el usuario y mantener las distancias para no verse afectado (que el autor resume brillantemente en un capítulo precioso sobre corazas de acero forradas de terciopelo). La adaptación a cada caso sin que exista ningún recetario preestablecido. La toma de decisiones aunque duela o se dude si es la forma correcta de proceder. La labor del equipo multidisciplinar, el secreto profesional, la diferencia tan necesaria entre intervención profesional y caridad, entre beneficencia e intervención social. Es, en mi opinión, un manual de referencia sobre el trabajo social.

El estilo es tan ameno y fluido que cuando quieres darte cuenta ya has leído más de la mitad del libro. Tan brillante como brusco. Con apenas unas pinceladas define a personajes complejos: *Barbie demacrada y miserable, Hello Kitie pija, el portavoz pequeño y calvo*, así como el resto de personajes del Chaplin que aparecen en esta caimada rural en la que se muestran los roles estereotipados que todo pueblo tiene. Ni el propio autor se libra del tono de su relato y no aparece en un plano distinto. Todo un acierto. El protagonista simplemente se equipara a sus personajes y también es centro de mofa (multiplicada con creces: baste mencionar la

sanguijuela, las exhibiciones de pesca y las fiestas navideñas que no lo son) y diana de las chanzas de los parroquianos. El propio autor me comentó: “el personaje puede llegar a ser hipócrita... simpático... cruel... tierno... porque lo humanizo... no es perfecto que sé que es lo que se quiere leer”. Yo no quisiera leerlo de otra manera.

¿Y todo es genial en el libro? Bueeeno... eso depende. La verdad es que se nota que el libro es una autoedición. Se echa en falta desde el inicio y a lo largo de todo el texto una buena corrección ortotipográfica y un correcto acabado de la maquetación. Párrafos, espacios, textos sin justificar afean, que no desmerecen, la gran obra de este trabajador social asturiano. Cuesta autoeditar un libro en los tiempos que corren y cada página del libro muestra el triunfo entusiasta de su autor.

Las ilustraciones de Miriam González del Castillo captan la esencia del relato y lo acompañan agradablemente, aunque la ausencia de color les reste belleza.

Sin duda es uno de esos libros que da pena acabar. Creo que no se puede decir más.

*Óscar Cebolla Bueno*  
Licenciado en Derecho  
Coodinador Técnico SSYPS